

«Por último, negada la sustancialidad del principio vital, como hace el moderno vitalismo, no le queda otro recurso sino el de considerarlo como un accidente ó modificación de la materia.

«Ahora bien; que el vitalismo moderno es un sistema esencialmente materialista, lo prueba el reflexionar que para él las fuerzas vitales, principio y razón de los diversos fenómenos y funciones de la vida, sin excluir ninguna, son propiedades de la materia orgánica y resultado de su organización; y por tanto, la espiritualidad é inmortalidad del alma racional, así como su independencia y elevado rango respecto á toda materia, son palabras vagas y sin valor alguno (1).»

CAPÍTULO V

La Biología suministra también abundantes pruebas en defensa de la Religión

Definición de la vida.—Opiniones sobre el origen de la vida.—Breve refutación de la generación espontánea.—Se refuta brevemente el transformismo.—Examinase brevemente el Darwinismo.—Verdadera doctrina sobre el origen de la vida y de las diversas especies.—Teoría celular: examen de la doctrina sobre la autonomía é independencia de la célula y sobre la individualidad del ser viviente.—La sola acción físico-química no puede ser causa de la vida individualmente considerada.—Doctrina sobre la teoría atómico-dinámica y el sistema escolástico de la materia y forma.—Prueba del sistema escolástico tomada de la transmutación sustancial de los cuerpos.—Prueba del sistema escolástico sacada del modo como los componentes están en la combinación ó compuesto químico.—De la causa eficiente de las combinaciones.—Harmonía entre la teoría atómico-dinámica y el sistema escolástico.—Algunas observaciones sobre la llamada química biológica.

I.—Definición de la vida.—«Dejando á un lado las definiciones de la vida dadas por ciertos fisiólogos y otros autores, inventadas más bien para oscurecer que para ilustrar el asunto, recurriremos á las

(1) V. sobre este punto: Card. González, *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás*, tom. II, cap. XIX y XX, pág. 371 á 388; Perales Gutiérrez, *Estud. psico-fisiológicos*, pág. 60 y sigs., de donde tomamos literalmente estos conceptos.—V. también: Ráulica, *La razón católica y la razón filosófica*, Conf. 2.^a; Jourdain, *Filosofía de Sto. Tomás*, lib. III, cap. V.—Sobre las materias expuestas en los tres últimos capítulos podrá consultarse además: Sanseverino, *Institutiones seu elementa Philosophiæ christianæ*, vol. I; Zigliara, *Summa philosophica*, vol. II; Liberatore, *Institutiones philosophicæ*, vol. II; Id., *Il composto umano*; Suárez, *Tract. De anima*, Orti y Lara, *Principios de Psicología según la doctrina de Sto. Tomás de Aquino*, etc.; Prisco, *Elementos de Filosofía especulativa* (vers. esp.); Eleizalde, *Psicología*; Liberatore, *Della conoscenza intellettuale*; Zigliara, *Della luce intellettuale*, etc.; Losada, *Cursus philosophici*, tom. VIII, *Animastica seu tract. de anima*.

límpidas fuentes de la filosofía de Santo Tomás, de quien puede decirse con toda razón que *nil molitur inepte*. Observemos, por tanto, previamente, que de cualquier modo que quiera combinarse la definición de la vida (ya que las palabras pueden ser diversas y más ó menos adecuadas), es siempre necesario que exprese la esencia, el *quod quid est* de la vida, la cual descansa en la *inmanencia de la acción*. Atendida, pues, tal advertencia, el acto vital puede definirse un *movimiento interno*, ó sea una *operación cuyo principio efectivo pertenezca al mismo sujeto en que aquella se cumple*. *Opera vitæ dicuntur, quorum principia sunt in operantibus, ut seipsos inducant in tales operationes* (1). Esta es la vida en acto segundo, por la cual otra cosa no se entiende que la operación propia del viviente. *Vita in actu secundo est operatio viventis* (2). «La vida es la operación inmanente de aquella substancia, que precisamente por esto se llama viva (3). Inmanente se llama la operación que tiene principio y fin en el mismo operante, y lo perfecciona (4).» «Si, pues, se quiere considerar la vida en acto primero, ella es el ser mismo de tal operante, y por esto en su generalísimo concepto no envuelve otra cosa que una sustancia que obra ó es capaz de obrar con acción inmanente. *Vite nomen est impositum... ad significandam substantiam, cui convenit secundum suam naturam movere seipsam, vel agere se quocumque modo ad operationem* (5). Por eso el ser viviente consiste en estar constituido de tal naturaleza, que tenga una esencia capaz de proceder á la antedicha operación. *Et secundum hoc, vivere nihil est aliud, quam esse in tali natura* (6).»

«Como cualquiera comprende fácilmente, la vida tomada en este amplísimo sentido no es propia únicamente de los seres vegetales, sí que se encuentra asimismo en los intelectuales, y en grado perfectísimo sólo pertenece á Dios (7).»

(1) S. Tom., *Summ. Theol.*, I P., q. 18, a. 2.

(2) *Ibid.*, q. 3, a. 2, a. 1.—Liberatore, *Del compuesto humano*, pág. 101, trad. española.

(3) Cornoldi, *Lecciones de flos. escolást.*, pág. 271.

(4) *Id.*, *ibid.*, pág. 399.

(5) S. Tom., *Summ. Th.*, I P., q. 18, a. 2.

(6) *Ibid.*—No en otras fuentes debería el ilustre reformador de la Patología general, Dr. Letamendi, al definir la vida: «acto de un ser corpóreo;» «caso particular del movimiento;» «producto de la energía individual por las fuerzas cósmicas.» (*Curso de Patol. general*, tom. I, pág. 145 y 180. Madrid, 1833). Esta definición determina más bien los actos vitales que la vida en sí considerada.—Cumplidísima es la definición que de la vida dió Aristóteles en sus *Físicos*, según S. Tomás: *La vida*, dice, *es el principio sustancial que hace que un ser se mueva á sí mismo*. (V. J. Mir, *La Creación*, p. 302. Madrid, 1891).

(7) Liberatore, *Del compuesto humano*, pág. 102.—«En el acto primero la vida es la fuerza ó actividad que, como principio y razón suficiente del ser viviente, da origen á las varias manifestaciones vitales; en el acto segundo es el conjunto de

II.—**Opiniones sobre el origen de la vida** (1).—No ha faltado quien opinara que la vida corpórea ha existido desde la eternidad en el universo (2), ó, á lo menos, que los primeros gérmenes, caídos de los

las funciones, fenómenos ú operaciones vitales que constituyen las manifestaciones de la vida. Ahora bien; como que no podemos conocer las causas y esencias de las cosas sino por razón de sus efectos y operaciones, de aquí que ante todo procede investigar la noción de la vida en el acto segundo, es decir, lo que en general constituye la acción vital y en que se diferencia de la que no lo es, para inferir después lo que sea *in actu primo*.

«Para conocer fácilmente en qué consiste la *acción vital*, fijémonos desde luego en los animales, que son los seres en quienes más patente se manifiesta la vida. Lo primero que nos sirve de indicio para reconocer que un animal vive, es el moverse á sí mismo. Por eso cuando comienza á moverse á sí mismo, decimos que comienza á vivir, y mientras descubrimos en el animal este movimiento propio é intrínseco, juzgamos que tiene todavía vida. Por el contrario, cuando vemos que ya no tiene movimiento de sí y por sí mismo, sino que si se mueve es porque otro le mueve, decimos que está muerto ó que ha perdido la vida. No se refiere al movimiento local, sino á cualquier otro de los actos animales: de manera que aunque no veamos al animal cambiar de sitio, creemos que está vivo mientras observamos que él continúa ejecutando cualquier acto interno, como por ejemplo la respiración, la nutrición ó cualquier percepción sensitiva.

«De lo dicho se deduce que una acción es vital cuando procede de algún principio intrínseco del sujeto que la realiza, es decir, cuando el principio radica en la naturaleza ó esencia misma de la sustancia viviente, de manera que ésta se determine y aplique á obrar en virtud de una actividad ó fuerza innata é inherente á su ser. Por esto decimos que el movimiento del agua que sale de un caño no es vital, porque trae su origen de la presión del aire ó de otros cuerpos.

«El primer carácter, pues, de una acción vital es que proceda de un *principio intrínseco*. A este primer carácter de la acción vital debe agregarse otro, á saber, que la operación sea *inmanente*, es decir, que recaiga y permanezca en el mismo sujeto operante como perfección y complemento de su ser propio, como la nutrición y florecencia en las plantas, la digestión y visión en los animales, la inteligencia y volición en el hombre. Bajo este concepto, pues, no son operaciones vitales lanzar una piedra, la iluminación de la atmósfera por el sol, y cuántas recaen en sujeto diverso del operante llamadas *transitorias*, y sólo si lo es la acción inmanente, por más que una y otra proceda de un principio intrínseco del agente; puesto que como la vida considerada *in actu primo*, es intrínseca respecto del ser viviente, sólo puede ser acción significativa de esta vida la que dé complemento y perfección al agente de quien procede, la cual no es otra que la inmanente, según se acaba de exponer.

«*Noción de la vida*.—Conocida la naturaleza de la acción vital ó de la vida *in actu secundo*, la cual en último resultado no es más que la inmanencia de la acción, vendremos en conocimiento de que lógicamente debe existir la vida *in actu primo*, o sea una fuerza ó actividad interna, por medio de la cual el sujeto que la posee obra ó es capaz de obrar con acción inmanente, es decir, realiza movimientos, acciones y mutaciones inmanentes, ó que se reciben en el sujeto operante.

(1) La mayor parte de los datos de éste y los cuatro párrafos siguientes son transcripción, salvo ligeras variaciones y adiciones, del excelente libro, *Origen de los seres vivientes*, del P. J. J. Urráburu, Bilbao, 1896.

(2) V. Reusch, *La Bibl. et la Nature*, p. 421. París, 1867.—Van Thieghem, *Traité de Botanique*, pág. 982. 1884.—Duilhé de Saint-Projet, *Apologie scientifique de la foi chrétienne*, c. xii, pág. 221, nota. París, 1890.—V. Moigno, *Les Splendeurs de la foi*, pág. 1299 y sigs.

astros han producido los diferentes organismos (1). Otros han creído que todos los cuerpos en un principio fueron orgánicos, y que los actualmente privados de organismo son meros cadáveres de entes en algún tiempo orgánicos (2). ¡Ficciones sin fundamento! las mismas observaciones geológicas han demostrado con certeza que los cuerpos vivientes en la tierra han sucedido á los no vivientes. Consta, además, por la fe divina no ser el mundo eterno, y, por tanto, que tampoco ha podido existir siempre la vida corpórea. Que los primeros gérmenes de vida hayan caído de los astros á nuestro globo... es una afirmación gratuita; no merece refutarse.

Mas, aún suponiendo ciertas estas opiniones, siempre nos queda pendiente y por resolver la cuestión: cuál es el principio y origen de la vida; cómo se ha ido desenvolviendo en diferentes grados y géneros.

Atribuyen muchos el primer origen de la vida á una generación espontánea, en cuya virtud una materia inorgánica, por no sabemos qué feliz concurso de fuerzas y causas naturales, produjo el primer organismo.

Por lo que hace á la variedad de géneros y especies, abundan las opiniones, reducidas casi todas al sistema de *evolución y transformación*; decimos *casi todas*, porque, si se exceptúa la doctrina que

«Encerrando su noción en una fórmula más concisa y que contenga la noción de la vida *in actu primo*, como raíz y origen de la vida *in actu secundo*, podemos definir la vida diciendo que es *una fuerza ó actividad interna sustancial por medio de la cual el sujeto ejecuta movimientos y operaciones inmanentes*; y en menos palabras: *activitas qua ens seipsum movet (a)*.

«*Consecuencia importante*.—No podemos, de consiguiente, admitir ciertas definiciones de la vida, dadas por eminencias científicas, como Stahl, Bichat, Richerand, etc., por ser negativas unas, por no ser aplicables otras á toda clase de seres vivientes, ó por confundir la vida con las manifestaciones de la misma, ó con un mero accidente resultante de la disposición de los átomos y moléculas, como pretenden los materialistas.

«La verdadera noción y definición de la vida se salva plenamente en Dios, y sólo está contenida parcial é imperfectamente en las criaturas aún intelectuales, puesto que de los vivientes intelectuales creados no puede decirse que se mueven á sí mismos en un sentido perfecto y absoluto, ni por parte de la ejecución, porque necesitan del concurso y moción de Dios para obrar, ni por parte de la forma, porque en algún modo reciben de fuera las ideas (los Angeles de Dios, y los hombres de los objetos), ni por parte del fin, porque reciben de la naturaleza ó de su Autor la determinación y apetición necesaria del bien: sólo Dios posee vida plenísima y perfectísima, y de aquí que El sea el primero y sumo de los vivientes, fuente y autor de toda la vida. (Donadu, *Ampliación de la Psicología*, etc., 2.^a parte, *Cosmología*, pág. 602 y sigs.)»—Véase también á S. Thom., *Summ. Theol.*, p. I, q. XVIII, a. 1 y 2.

(1) Czolbe, Sterry, Quinet y Richter.—Pesch, *Philosophia naturalis*, n. 572, pág. 612. Friburgi-Brisgovix, 1880.

(2) Fechner y Preyer, según el mismo Pesch, obra citada.

(a) R. P. Tongiorgi, *Psychol.*, lib. I, c. I, a. 1.

enseña deberse el primer principio de los seres vivientes y sus varias especies á una creación ú operación divina, las demás, con poca diferencia, se atienen á la generación espontánea y evolución ó transformación.

Por eso los mismos transformistas, aún los más acérrimos, han debido confesar no darse en realidad medio alguno entre la evolución y la creación divina (1).

La *evolución* ó *transformismo*, llamado también *Teoría de la descendencia*, en su significación más lata es el sistema de los que establecen el origen y variedad de los seres vivientes en la sucesiva transformación de una especie en otra. Dos puntos capitales afirma esencialmente, como se ve, este sistema: primero, que unas especies de seres vivientes se transforman en otras; segundo, que se transforman siempre en otras mejores y más perfectas.

Y si bien es verdad que con frecuencia las palabras *evolución* y *transformismo* se usan indistintamente, hay, sin embargo, entre ellas alguna diferencia: los materialistas emplean principalmente la voz *evolución* para explicar la formación de los seres inorgánicos en sus diferentes géneros y especies; la palabra *transformismo* se refiere sólo á los seres vivientes. Además, con el nombre de *evolución* preténdese expresar el sucesivo cambio de una naturaleza en otras y otras especies por un impulso interno y una necesidad, inherente á la materia, de revestirse de dichas diversas formas; mientras el *transformismo*, de suyo incluye únicamente el hecho de la transformación, prescindiendo de si obedece á una necesidad inherente á la materia ó á otras circunstancias externas. Dígase también esto último de la *teoría de la descendencia*.

Muchos, con Spencer y Hæckel, enseñan un transformismo ateo y universal; *ateo*, pues excluye toda operación é intervención divina; *universal*, porque comprende, sin excepción, todo organismo, desde el ínfimo hasta el más perfecto.—Otros admiten la creación y formación divina de algunos organismos, ó por lo menos de uno, principio de los demás.—Otros, como el mismo Herberto Spencer, creen en una transformación debida á un principio y á una exigencia de evolución inherente á la misma naturaleza. Varios, y entre ellos Darwin y Hæckel, la suponen debida á circunstancias y causas externas... Para Darwin todos los géneros y especies de animales y vegetales ahora existentes, traen su origen solamente de tres ó cuatro tipos primitivos (*prototipos* los llama), por una transformación lenta durante mu-

(1) Strauss, *L'Ancienne et la nouvelle foi*, pág. 161 y sig.—Hæckel, *Les preuves du transformisme*, trad. por Soury, págs. 15, 16, 20, edic. 1879.—Spencer, *Principes de Biologie*, tom. I, p. 3.^a, c. 1, pág. 402.

chísimos años (1). Y aún admite que estas cuatro raíces se deben reducir á un solo y único principio de todo ser viviente (2). Darwin no cree que la transformación provenga de algún principio interno de evolución, por lo cual su sistema no merece propiamente llamarse sistema de evolución, sino más bien de adaptación y conformación con las circunstancias y condiciones externas, tales como el clima, alimentos, etc.... Explica la multitud y variedad de las especies recurriendo al principio de *selección natural*, y *herencia* y *correlación de incremento*, etc. La selección natural comprende: a) la *lucha por la existencia*; b) la *victoria de los más fuertes ó de los más adaptados*; c) la *selección sexual*.

III.—Breve refutación de la generación espontánea.—Recházase como falsa la antigua opinión, sostenida aún por algunos autores modernos, de que el origen de ciertos vivientes debe buscarse en la materia inorgánica, ó también en la orgánica, sin germen propio.—Ya desde mucho tiempo atrás se desechó la generación espontánea tratándose de los insectos y otros animales, gracias á los trabajos y razones de Redi (3), Vallisnieri (4), Swammerdam (5) y otros, sin quedar lugar á duda. La experiencia muestra suficientemente no existir tampoco generación espontánea ni heterogenia en los gusanos parásitos ni en los infusorios. Siempre y cuando los gérmenes vitales de los infusorios faltan, ninguno de dichos seres es engendrado: donde existen esos gérmenes y huevecillos, al instante aparecen los infusorios. Todo esto está brillantemente probado con los experimentos del célebre Pasteur, Tyndall y otros, que no es necesario referir (6). Estos, en efecto, han probado la realidad del *Panspermismo* (de *πᾶς*, todo, y *σπέρμα*, grano), sistema fisiológico según el cual los gérmenes se hallan diseminados por todas las partes de la tierra y del espacio que la rodea, y se desarrollan cuando encuentran cuerpos dispuestos

(1) Darwin, *Origine des espèces*, pág. 89.

(2) Id. *ibid.*, pág. 507.

(3) Redi, *Experimenta circa generationem insectorum*, pág. 32 y sig. Leyde, 1739, citado por Milne-Edwards. (*Leçons sur la Physiologie*, tom. VIII, pág. 241).

(4) Milne-Edwards, *ob. cit.*, pág. 242.

(5) Id. *ibid.*, pág. 243, 245.—Proost, *Revue des Questions scientifiques*, tomo VIII, pág. 510 y sig.

(6) V. *Revue de Sociétés savantes, sciences mathématiques, physiques et naturelles*, 1862, tom. I, pág. 64 y sigs.—Poussin, *Le civiparisme et la question des générations spontanées*, 1862.—Jobar, *De la génération spontanée (le Progrès international*, Bruselas, Agosto 1861).—Salimbeni, *Sulla eterogenia ovvero sulla generazione spontanea*. Modena, 1863.—Milne-Edwards, *Leçons sur la Physiologie*, tom. VIII, pág. 265 y sig.—Moigno, *Les Splendeurs de la foi*, tom. III, pág. 1238 y sig.—Proost, *Revue des Questions scientifiques*, tom. VI, pág. 519 y sig.; etc.

á retenerlos y hacerlos crecer (1). A estos gérmenes se deben los infusorios; más aún, la fermentación y descomposición del vino, vinagre, sangre y otros líquidos, y muchas enfermedades son efecto de la germinación de esos huevecillos diseminados por el viento (2).

Con respecto á la generación espontánea estrictamente dicha, ó sea al origen de la vida de una materia inorgánica, bastará decir que siendo la materia viviente específicamente diversa y más noble que la materia inorgánica, recibe su forma de un principio más elevado y bien distinto de toda virtud, fuerza y propiedades de la materia puramente inorgánica. Nada puede ser causa, por lo menos adecuada, de un efecto más elevado y excelente; luego la sola materia inorgánica no puede ser causa de un organismo ó de una sustancia viviente. «El *nemo dat quod non habet*, que es, traducido al lenguaje del sentido común, el mismísimo principio filosófico, *no hay efecto sin causa*, es la más cumplida y contundente refutación de la generación espontánea: de lo contrario, sería precisa la existencia del *ens dans quod non habet*, que equivale á decir, efectos sin causa. Si no queremos reconocer la existencia de lo absurdo, y proclamar la posibilidad de lo imposible, debemos creer que todos los vivientes siguen la ley general, es decir, todos reciben su ser de gérmenes propios ó de su misma especie, como también confirma la experiencia; y tener como firmísimo aquel principio de Harvey y de Linneo: *Omne vivum ex ovo*, y aquel otro: *Omnis cellula e cellula* (3).»

(1) Littré, *Dicc. de Med. y Cir.*, edición española, 1889.

(2) Pasteur, *Expériences relatives aux générations dites spontanées*, etc., 1860; *Mémoire sur les corpuscules organisés*, etc., 1862; *Etudes sur le vin*, 1866; *sur le vinaigre*, 1868; *sur les maladies des vers à soie*, 1870, etc.—Megnin, *Les infusoires*.—Schüteenberger, *Les fermentations*.

(3) J. Jeremías, Pbro.—Digamos aquí dos palabras acerca del famoso *Bathybio* de Huxley. En 1868 observó éste y examinó cierta materia gelatinosa, amorfa y viscosa, extraída poco antes del fondo del mar, y como mirándola con un poderosísimo microscopio, le pareció se movía algo, sacó por consecuencia que era ser viviente, y se la dedicó á Hæckel. Los triunfos del *Bathybio* (viviente en el profundo), fueron muy efímeros, pues al poco tiempo se organizó en Inglaterra una expedición científica para recorrer el mar, buscar el *bathybio* y examinar concienzudamente su naturaleza: el examen manifestó con toda evidencia que el tal *bathybio* era solamente sulfato de cal, y todos ó casi todos los sabios á una voz proclamaron debía despreciarse el tal *bathybio*, y ser relegado al montón de fábulas y cuentos. El mismo Huxley, en pleno Congreso de la Asociación Británica reunido en Seffield (1879), con mucha gracia y entre las carcajadas de los circunstantes, renegó de su portentoso hallazgo.

—Hay que tener en cuenta que la generación se verifica de distintos modos en las diversas clases y familias del reino orgánico. Cuando no intervienen elementos distintos y no es más que un modo particular de crecimiento, llámase la generación *asexual*: tal sucede en la *fisiparidad*, *gemación* y *monogenia*. En la *metagénesis* ó *generación alternante* tiene lugar el hecho de que, dentro de una misma especie, se desarrollan dos formas distintas de un solo y mismo animal, uno

IV.—**Se refuta brevemente el transformismo.**—La esencia del transformismo, tomado en general, se funda, si no nos equivocamos, en la intrínseca mutabilidad de las especies, sin la cual sería inútil esperar que las especies y géneros de vivientes nacidos de una raíz común, fueran transformándose unas en otras. Pero negar á las especies su constante perpetuidad y suponerlas sujetas á continuo cambio, parece lo mismo que suprimirlas, por lo menos en cuanto expresan alguna forma típica que constantemente se reproduzca en los individuos, y sustituirlas con individuos que continuamente varien sin tener esencia alguna firme y constante.

Pruébase la falsedad de este sistema: 1.º por el sentido común manifestado, ya en el modo de hablar ordinario, ya en los escritos de todos los sabios, en especial zoólogos, que comúnmente admiten la división de los vivientes en géneros y especies, y acomodándose á esta división ordenan y clasifican bien la asombrosa multitud de vivientes, investigan y describen las propiedades de las especies, y de ellas forman juicio sobre la esencia de los individuos. Todo esto indica tácitamente que la especie lleva en sí un tipo de perfección que, multiplicado por la generación, puede siempre brillar en varios individuos. Lo mismo se colige de la doctrina común entre los filósofos, que enseñan ser inmutables las esencias de las cosas. Y como según el sentir común de los filósofos la esencia consiste precisamente en la razón ó cualidad específica, síguese que las especies no se pueden cambiar ó transformar esencialmente.

Pruébase 2.º por los absurdos que, con indecible trastorno en las ciencias, se siguen de suponer lo contrario. Porque nada habría fijo y cierto en las ciencias; todo se reduciría á mera noticia *histórica*, resucitando el viejo y desechado nominalismo.—En el transformismo se da por cierto un fenómeno, sin indicarse para ello razón alguna suficiente. La transformación se dice verificarse por la generación, en cuanto los nuevos individuos van poco á poco adquiriendo una nueva naturaleza específica. Ahora bien, es necesario en estas generaciones que el efecto guarde proporción con la fuerza generativa. Pero como también á su vez la potencia generativa debe ser proporcionada á la forma y naturaleza específica de los generadores, es im-

asexuado y otro sexuado: ora se parecen las primera, tercera y quinta, y las segunda, cuarta y sexta generaciones; ora se semejan las primera, cuarta y séptima, y las segunda, quinta y octava generaciones. En ciertos casos, como v. gr. en los pulgones, á la generación sexuada suceden ocho, diez ó doce generaciones asexuadas antes de que reaparezca la forma sexuada semejante á la forma tipo. A la metagénesis pueden también referirse los fenómenos de atavismo. (V. Littré, *Diccionario de Medicina y Cirugía, Farmacia*, etc., tom. I, pág. 1017, 1015, 949. Tom. II, pág. 355 y 397. Trad. esp. Valencia, 1889).

posible á los padres de una especie tener la potencia de engendrar otra diversa, y por consiguiente, nunca podrá naturalmente una especie transformarse de una naturaleza específica en otra verdaderamente diversa en especie y esencia.

Prueba 3.^a No puede una especie convertirse ó transformarse en otra sin perecer, pues ¿cómo puede una cosa convertirse en otra esencialmente distinta y conservar su propia esencia? Y como ninguna naturaleza busca su muerte, sino al contrario la conservación de su *ser*, pues éste y su conservación son un bien para ella y un mal la muerte... luego no puede sostenerse en manera alguna la mutabilidad de las especies. En esta hipótesis las solas fuerzas propias de cada esencia serían causa de la generación ó de la transformación en una especie superior, lo cual pugna con el principio de causalidad, que exige no una causa cualquiera, sino causa apta y proporcionada; y una naturaleza más imperfecta no es causa proporcionada para producir otra especie más perfecta.

Prueba 4.^a La Paleontología contradice el transformismo. Es cierto haber existido desde la primera aurora de la vida especies entre sí muy diversas: en ninguna parte se encuentran esos grados intermedios entre las especies diversas, por los cuales poco á poco debía pasarse de una á otra.

Prueba 5.^a La experiencia patentiza no haber ningún cambio ó transformación en las especies de los vivientes. La inmensa multitud de experimentos y observaciones verificadas en nuestros días, jamás ha podido borrar el tipo específico que encierra en sí la esencia completa de los individuos, ni se ha logrado un solo individuo de especie diversa, aunque se diferenciara de los otros en los predicados accidentales; solamente se han podido reunir algunas razas ó castas nuevas (1).

V.—**Examínase brevemente el darwinismo.**—*El transformismo de Darwin abunda en hipótesis gratuitas y falsas, está en*

(1) V. Quatrefages, *L'espèce humaine*, p. 71.—Godron, *De l'espèce et des races dans les êtres organisés*, lib. I, c. v.—Milne-Edwards, *Leçons sur la Physiologie*, etc., tom. XIV, pág. 316.—Linneo, *Philosophia botanica*.—Jussieu, *Genera plantarum*, pág. 37.—Flourens, *Histoire des travaux et des idées de Buffon*, pág. 101. París, 1850.—Favre, *La variabilité des espèces et ses limites*.—Vallée de Poussin, *Paleontologie et Darwinisme*.—Bellyneck, *Cours de Zoologie*.—Lyell, *Principles of Geology*, vol. 2, pág. 266.—Vigouroux, *Les Livres Saints et la critique rationaliste*, pág. 619 y sig. París, 1886.—Pozzy, *La terre et la récit biblique*, pág. 335, París, 1874.—Dupont, *Les temps préhistoriques en Belgique; L'homme pendant les âges de la terre*, etc. París, 1872.—Owen, *British fossil Mammals*.—Zitel, *Traité de Zoologie*.—Almera, *Cosmogonia y geologia*. Barcelona, 1877.—Agassiz, *De l'espèce*, etc.

pugna con muchos hechos, é indica un procedimiento inepto para obtener la conversión de las especies. En su teoría de la selección natural supone que los individuos dotados en su género de notas y atributos superiores, son *elegidos* por la naturaleza, y destruidos todos los demás, quedando ellos solos para propagar y perfeccionar continuamente su género. Este principio fundamental, aplicado tan universalmente, es gratuito y lo rechaza como falso la experiencia, que nos presenta infinitos individuos menos perfectos, viviendo y floreciendo juntos con otros más perfectos y excelentes de la misma especie, procreando prole y en aptísimas condiciones para vivir. Darwin da por cierta la selección sexual, lo cual es pura ficción, y de haber algo, no es ni con mucho tan universal. Afirma varias cosas sin poderlas probar ni *à priori* ni *à posteriori*; acude con frecuencia á *leyes desconocidas*; apela á cada paso á *conjeturas*, á la mera *posibilidad*, etc.; es decir á mera argumentación arbitraria. Según él, todo en la naturaleza es casual y no existen causas finales. Para Darwin la materia abandonada á sí misma es la que verifica la transformación, sin concurso alguno divino. Admite haber transcurrido ya muchos millones de siglos desde que comenzó la primera evolución y transformación de los organismos vivientes. Admite también inteligencia en los brutos, para probar la selección sexual entre ellos. Es decir, hipótesis gratuitas y absurdas (1).

(1) V. Mivart, *Lessons from nature*, c. x.—Elam, según el E. C. Mazzella, *De Deo Creante*, pág. 639. Roma, 1880.—Quatrefages, *Darwin et ses précurseurs français*.—Id. *Le darwinisme et l'origine de l'homme*.—De Baer, *Studien*, tom. II, pág. 424.—Pfaff, *Schöpfungsgeschichte*, pág. 703.—Marq. Nadaillac, *Le problème de la vie*, pág. 34 y sig. París, 1893.—Hartmann, *Le darwinisme*, tr. de Gueroult, pág. 98. 1877.—«Téngase en cuenta, sin embargo, que la Iglesia ningún fallo dogmático ha proferido en este particular: deja franco el campo á la interpretación de los comentadores, y no quiere sean menos católicos los naturalistas que siguen el darwinismo, si admiten y profesan la acción de Dios hacedor y conservador del universo. Sabiendo que la causa es de suyo más realzada que sus efectos, es imposible, v. gr., que un ser engendre por sí y sin más alto concurso á un individuo superior á él, mas ni aun igual: lo cual es decir, que sin contar con Dios, autor y conservador de las causas segundas, no puede verificarse. Si un animal engendra á su semejante, es con la intervención divina; ¿cómo querer, pues, que sin esa intervención un individuo engendre á otro de más encumbrado linaje? Imposible: la metafísica lo repugna de todos modos.

Pero presupuesta la causa primera, no repugna que las cosas se traselementen y transformen de mil maneras, puesto que en toda generación los padres son causa instrumental, y Dios la primera y principal; y así no es imposible á Dios influir de forma en las generaciones, que los efectos alcancen condiciones y ventajas que no tuvieron sus causas. Por esto muchos varones doctos, católicos y celosos apologistas de la fe, no reparan en abrazar la evolución de las especies en el sentido expuesto, como posible y aceptable. Conocido es el juicio de los PP. Mendive, Cámara, Miguel Mir, Leroy, Montsabré, Duilhé de Saint-Projet, Delsaultx, Arduin, Valroger, etc. Baste saber que las sagradas Páginas ni autorizan ni condenan la evolución de las especies. Es verdad que la naturaleza toda con gritos,